

Carlos Aldana Mendoza
Coordinador Regional de Programas

De un año para acá, ya son 5 menores guatemaltecos que mueren bajo la custodia migratoria de los Estados Unidos. Marie Juárez (1 año), Jakelin Caal (7), Felipe Gómez (8), Juan Gutiérrez (16) y Carlos Hernández (16) constituyen la más triste de las galerías de nuestro país. Sin embargo, la indiferencia también los sigue matando. No parece que nuestra sociedad está cimbrada o golpeada por estas muertes, así como tampoco parece que exista algún tipo de reacción o pronunciamiento por parte de las autoridades.

No puede ser que no nos duela. No se vale que enviemos al abandono de nuestro imaginario crítico las reflexiones que estas 5 muertes deben generarnos ante la problemática de la migración, ante el sistema norteamericano de migración y, por supuesto, ante el modo profundo de ser de nuestro propio funcionariado.

Me parece que es en estos niños y niñas que aparece lo peor del mundo actual. La negación de una realidad estructural aquí, en su propio país, causada precisamente por factores e incluso por países como el mismo en el que mueren, así como la negación de condiciones mínimas para su cuidado y protección, no son cualquier cosa. Representan el desprecio permanente de los más pobres y excluidos de la Tierra, el énfasis en una reducción de la dignidad humana que empieza a verse, y esto es muy alarmante, como “normales” o “naturales”.

¡Son 5 niños muertos bajo la custodia de autoridades del país más poderoso del planeta! No es cualquier cosa, es una cifra escandalosa. Debiera ser una alarma para la humanidad en su conjunto. Pero no, son solo “estadísticas, situaciones fuera de control, hechos aislados, situaciones inesperadas”, que no ameritan para las autoridades nacionales ni siquiera una genuina expresión de indignación y queja.

Necesitamos mantener la memoria sobre estos pequeños. Necesitamos construir comprensión profunda de la realidad a partir de sus muertes. Es preciso que no se olviden sus muertes, ni que sean en vano. Necesitamos ser tocados por ellas y ellos y seguir insistiendo en la dignidad, la justicia y la mirada integral sobre la migración. Esta no es un delito sino una consecuencia de los delitos mayores y de las graves violaciones que se cometen cuando la gente no vive con dignidad, ni puede gozar de sus derechos económicos, sociales y culturales. La migración forzada, una expresión de las realidades violentas de nuestros países, constituye el grito desesperado de

pueblos enteros ante la violencia estructural que los aniquila.

¿Cuántos más habrán de morir para que esto mueva y conmueva a la sociedad, a los funcionarios de aquí y de allá? ¿Cuántas familias más perderán a sus pequeños y pequeñas para que esta situación sea asumida como una vergüenza humana que trasciende fronteras y nacionalidades?

Guatemala, 23 de mayo de 2019.